



Comentario bibliográfico

Clint Smith, *El legado de la esclavitud: Cómo recuerda Estados Unidos su pasado más cruel* (Madrid: Capitán Swing, 2025).

Silvina Jazmín Carnero

Instituto de Artes y Ciencias de la Diversidad Cultural – Universidad Nacional de Tres de Febrero

silvina.carnero@uba.ar

Fecha de recepción: 27/10/2025

Fecha de aprobación: 28/11/2025

“La memoria (...) suele ser un hogar en que los muebles han cambiado de sitio demasiadas veces” (pág. 291).

La relación entre la memoria y la historia de Estados Unidos ha sido, desde siempre, de difícil abordaje. El mismo subtítulo del libro aquí reseñado puede leerse como una descripción del contenido de sus páginas o como un interrogante sobre las políticas de memoria en dicho país. En 2004, el escritor y ensayista Gore Vidal pronunció unas palabras que han quedado como una guía inexcusable que cualquier historiador, filósofo, sociólogo o pensador dedicado al tema no puede soslayar: “Somos los Estados

Unidos de la *Amnesia*. No aprendemos nada porque no recordamos nada.” (p. 7)¹. Si bien esta icónica cita refiere sobre todo a la intervención de Estados Unidos en conflictos o territorios ajenos al propio (como la guerra de Vietnam o las dictaduras militares en Latinoamérica), lo cierto es que las políticas de memoria en la “tierra de la libertad” han sido más bien escasas e incluso más amigas del olvido que de la remembranza. El triunfo presidencial de Barack Obama en 2009 inauguró lo que algunos sectores de la prensa y la academia llamaron “la América post-racial”, una narrativa sostenida en que la llegada de un hombre negro al Despacho Oval habría cerrado para siempre uno de los más incómodos capítulos de la historia norteamericana: el de la esclavitud y la segregación racial. Por fuera de este relato, la violencia racial en los barrios por parte de las fuerzas de seguridad sigue siendo, incluso al día de hoy, una realidad cotidiana. Lo único que ha cambiado es la predisposición de la sociedad norteamericana a leer estos episodios como uno de los tantos legados de la esclavitud y la segregación.

El libro de Clint Smith traza un viaje personal del autor por distintos sitios de interés histórico donde se produjeron o se rememoran eventos relacionados a la esclavitud en Estados Unidos. A su vez, recupera la forma a través de la cual en dichos espacios se construyen determinados relatos acerca del rol de los esclavos en la construcción de la nación, la segregación como una experiencia post-emancipatoria y los ecos de dichas prácticas en la actualidad. En consonancia con su experiencia docente, el lugar de las instituciones educativas en la formación de sus ciudadanos en materia histórica (o su pretendido olvido) también son relevados como factores de importancia a la hora de pensar cómo Estados Unidos “recuerda su pasado más cruel”. El libro se organiza en nueve capítulos: ocho de ellos se centran en sitios históricos de distintas partes de Estados Unidos, uno en una ciudad y uno en la “Casa de Esclavos” en Senegal. La elección de los lugares visitados por el autor parece ser un intento por rescatar una diversidad geográfica monopolizada usualmente por las plantaciones: existen en el país (y por fuera de este, sobre todo en África) espacios relacionados con la historia de la esclavitud que superan con creces al campo de algodón o las enormes residencias de esclavistas. Un elemento en común entre varios

1 La traducción es propia. “(...) we are permanently the United States of Amnesia. We learn nothing because we remember nothing”. Gore Vidal, *Imperial America: Reflections on the United States of Amnesia* (Nueva York: Nation Books, 2004).

de los lugares visitados por Smith es que han sido rescatados por asociaciones civiles o por alguna entidad privada que decidió invertir en estos con distintos fines, a excepción de la prisión estatal de Luisiana y la “Casa de esclavos”, que depende directamente del gobierno de Senegal. Esto refleja una escasez de políticas de memoria activadas desde el gobierno federal: éstas, en general, dependen más de fundaciones, asociaciones, universidades u activistas.

En líneas generales, el libro puede ser catalogado como de divulgación histórica, pero plantea algunos dilemas o líneas de investigación pertinentes sobre todo para pensar tanto las políticas de memoria en Estados Unidos como la importancia de la esclavitud y el comercio transatlántico de seres humanos en el marco de la historia moderna y contemporánea. Aún considerándolo como material divulgativo, el autor utiliza bibliografía proveniente de distintas disciplinas que incluye no sólo textos clásicos sino también algunos que fueron publicados recientemente. Smith intercala su experiencia personal con fuentes y textos académicos que le permiten profundizar en aspectos clave de las políticas de memoria en Estados Unidos. En este sentido, el libro resulta muy accesible pero no por eso pierde rigurosidad.

En el prólogo, el autor observa que la presencia de monumentos, nombres de calles o edificios públicos que aluden a personajes históricos asociados al esclavismo ha sido en los últimos años un punto de conflicto tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo. El asesinato de George Floyd en mayo de 2020 catapultó una serie de acciones iconoclastas en distintos países que puso en el centro del debate académico y mediático el peso simbólico de determinadas rememoraciones. Lo que solía pasar desapercibido comenzó a ser una fuente de inconformidad para determinados sectores de la sociedad que reclamaron un análisis más pormenorizado de la memoria nacional. A partir de estas reflexiones, inspiradas en un recorrido por su Nueva Orleans natal, Clint Smith comienza su viaje por distintos sitios de interés.

En el primer capítulo el autor visita la plantación de Monticello en Virginia, reconocida por haber pertenecido al expresidente Thomas Jefferson. En este capítulo Smith realiza un abordaje basado en la doble dimensión del lugar de la plantación como sitio histórico y como atracción turística, algo que se repetirá en los siguientes capítulos. El autor revela las contradicciones entre el Jefferson esclavista y el presidente de Estados Unidos que abolió el comercio transatlántico de

esclavos (pero no el comercio interno, del cual formaba parte) considerando también cómo se han caracterizado estas figuras en las narrativas nacionales omitiendo aquellas dimensiones que pueden resultar perjudiciales para el relato de “la tierra de la libertad”. El pretendido progresismo de Jefferson quedaba opacado por algunas de sus ideas: la imposibilidad de que blancos y negros puedan convivir, en un hipotético contexto de mutua libertad, era una certeza que no representaba ninguna contradicción para un individuo que alguna vez se mostró en contra de la esclavitud.

Un episodio de notable interés que recupera Smith en su recorrido por la plantación es el de Sally Hemings, esclava de Monticello con la que Thomas Jefferson tuvo, aparentemente, seis hijos. La historia de la violencia sexual hacia mujeres esclavas en todo el continente no constituye una novedad pero, tal y como afirma el autor, requiere una investigación mucho más pormenorizada, sobre todo teniendo en cuenta que ha sido minimizada con el objetivo de sostener relatos específicos en torno a personajes o momentos clave de la historia nacional. Smith retoma en este caso las investigaciones de Gordon-Reed, que sirvieron para reencauzar un episodio muchas veces desacreditado producto de las narrativas oficiales en torno a los Padres Fundadores². La falta de documentación acerca de las personas que fueron esclavizadas de esta plantación y el excesivo centralismo de la figura de Jefferson evidencian, en definitiva, las políticas de la amnesia de Estados Unidos.

El segundo capítulo, centrado en la plantación de Whitney en Nueva Orleans, aborda otros episodios que trascienden el relato tradicional de la plantación. Uno de los mitos más extendidos sobre las personas esclavizadas es que no presentaron resistencia y quienes sí lo hicieron fueron personajes excepcionales de la historia, como Nat Turner o Harriet Turban. En este caso, el autor comienza el recorrido describiendo una serie de esculturas que representan las cabezas cercenadas de esclavos que se habían levantado contra la esclavitud en 1811, pocos años después de la revolución haitiana. La historia de las rebeliones esclavas ha sido casi siempre un tema poco difundido, sobre todo en la currícula escolar, construyendo así una narrativa en la que las

² Arnette Gordon-Reed, *The Hemings of Monticello: An American Family* (Nueva York: W.W. Norton, 2008).

personas esclavizadas aceptaron su condición sin oponer resistencia. La necesidad de sostener que la esclavitud era algo similar a un acuerdo entre pares no solo redime a los apologistas de la esclavitud sino que también le confiere la responsabilidad de su perpetuación a quienes la sufrían. La polémica en torno a la transformación de casas señoriales en espacios para casamientos o celebraciones corporativas revela un tratamiento de muchos de estos sitios atravesado por el fin de lucro y no por la construcción del conocimiento o de la memoria. Whitney es uno de los pocos lugares que escapan a esta lógica mercantil: esta plantación, incluso habiendo sido rescatada y transformada en museo por un hombre blanco, es uno de los pocos lugares en los que no se permiten eventos sociales. La pregunta de cómo se construye la memoria en un espacio que es constantemente vulnerado y cuyo principal fin no es, precisamente, la remembranza, es en definitiva un problema clave que demanda un abordaje urgente.

El tercer capítulo está centrado en la cárcel de Angola, reconocida por haber sido durante gran parte de su historia “la más sangrienta de Estados Unidos”. Esta prisión, ubicada en el estado de Luisiana, cuenta con algunas particularidades: fue construida sobre una plantación y la mayor parte de su población es afroamericana. La visita a este centro de detención permite observar varios de los elementos analizados anteriormente: un espacio que debería estar destinado a la memoria y la justicia racial es transformado en un destino turístico, mercantilizando, de esta forma, el sufrimiento de los esclavos y los reclusos. En este caso, el autor remarca que la relación entre la antigua plantación y prisión actual no está bien articulada, alegando que, mientras la 13^a enmienda transformó al esclavo en hombre libre, las leyes Jim Crow convirtieron al hombre negro en un delincuente *prima facie* que podía ser sometido nuevamente a trabajos forzados. El cambio de mano de obra esclava a mano de obra presidiaria sigue siendo uno de los legados más crueles de la segregación racial y merece, según Smith, un apartado especial en la memoria nacional. El resto del recorrido evidencia la violencia hacia la población afroamericana. Si hubieran construido una prisión sobre Auschwitz con mayoría de población judía, se cuestiona Smith, ¿hubiera pasado tan desapercibido? (p. 28). Las políticas de memoria no pueden ser elaboradas únicamente con fines educativos, sino que también deben responder a los derechos humanos de quienes fueron sometidos a la violencia racial y/o se encuentran en situación de encierro.

En el cuarto capítulo, Smith visita el cementerio de Bedford en Virginia, reconocido por contar con más de treinta mil tumbas de soldados confederados. Este es el primer destino donde las sutilezas de una historia requieren un tratamiento más pormenorizado, sobre todo por tratarse de uno de los episodios más relevantes de la historia norteamericana: La Guerra de Secesión. Este es el capítulo que mejor recupera la fragmentación que aún persiste en el país, sobre todo en lo referente al conflicto que concluyó con la abolición de la esclavitud. La visita al cementerio confederado, centrada en lo que el autor identifica como la narrativa de “la causa perdida”, le permite identificar un relato fuertemente anclado en la agresión del norte a los “valores sureños”, indudablemente basados en el supremacismo blanco y la segregación racial³. La simplificación de las causas de la Guerra Civil, que en la mayoría de las instituciones educativas norteamericanas se vio reducida a un mero conflicto de carácter moral en el que el norte es presentado como el heroico liberador y el sur como el atrasado esclavista, ha permitido el afloramiento de movimientos civiles que hoy en día reivindican el pasado confederado. Estas agrupaciones se dedican a denunciar este enfoque de la historia, incluso a costa de la distorsión de hechos históricos, tal y como recupera el autor a partir de los diversos testimonios obtenidos durante su visita. Uno de los hechos que analiza es la presencia de soldados negros o de hombres blancos sin esclavos en el frente, que les ha servido a estas agrupaciones para discutir la centralidad de la esclavitud como *casus belli*, convirtiéndose así en una gesta donde se aúnan todos los sureños, independientemente de su condición. A partir del texto clásico de Kenneth Stampp⁴, y de los aportes de otros historiadores como Charles Dew⁵ y James Oliver Horton⁶, el autor desacredita estos argumentos sosteniendo que los beneficios que obtenía el hombre blanco sureño de la llamada “peculiar institución”, aun sin esclavos, justificaban la defensa de su continuidad. Estos dos datos, parte fundamental de la retórica sureña que justifica sus deseos de la

3 Edward H. Bonekemper III, *The Myth of the Lost Cause: Why the South fought the Civil War and Why the North won* (Washington D. C.: Regnery History, 2015).

4 Kenneth M. Stampp, *The Peculiar Institution: Slavery in the Ante-Bellum South* (Nueva York: Vintage, 1956).

5 Edward L. Ayers y Carolyn R. Martin (eds.), *America on the Eve of the Civil War* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2011) pp. 51-52.

6 James Oliver Horon, *Confronting Slavery and Revealing the ‘Lost Cause’*. Disponible en: <https://www.nps.gov/articles/confronting-slavery-and-revealing-the-lost-cause.htm>

restauración de la gloria del *dixieland*, son solo una fracción de las grandes distorsiones producto de un discurso fragmentado sobre la propia historia y políticas de memoria planificadas desde grupos como “Hijos de los Veteranos Confederados” e “Hijas Unidas de la Confederación” que poco tienen que ver con un activismo por la memoria y están más dedicados a la construcción de una narrativa convincente para este “nuevo sueño confederado”. La cuestión de la esclavitud tenía mucho menos que ver con un problema de orden moral y más con uno de orden político y territorial, aunque cierta historiografía del sur le reste importancia a esta “peculiar institución”, sobre todo si se analiza a partir de las declaraciones de Jefferson Davis que recupera Smith en su investigación⁷. Basta con observar la Constitución de los estados confederados para comprender la importancia del sistema esclavista en la organización política y económica del sur del país.

En este capítulo, el autor vuelve además sobre la problemática de la iconografía esclavista, sobre todo en aquellos estados y ciudades donde la población blanca con sentimiento confederado parece dominar el paisaje urbano. El uso de impuestos para el mantenimiento y construcción de monumentos o sitios históricos es muy superior al destinado a la conservación de aquellos relacionados a la historia negra. Estos monumentos, construidos mayormente durante la era de las leyes Jim Crow, no son únicamente hitos urbanos de memoria histórica sino que han sido construidos como aleccionantes de una población emancipada pero no librada de la violencia racial. Los interrogantes que surgen a partir de estas observaciones están vinculados con los efectos de eliminar estos monumentos y con la forma en que conviene abordar y contar efectivamente la historia de la Guerra Civil, con sus matices y contrastes, evitando así el empoderamiento de grupos neoconfederados que han protagonizado episodios como los disturbios de Charlottesville de 2017, desatados a raíz del proyecto de retirar la estatua de Robert E. Lee.

Por último, es destacable el lugar que le otorga el autor a la figura de Abraham Lincoln, sobre todo para pensar cómo lo recuerda el sur. En la narrativa nacional, Lincoln se encuentra irremediablemente asociado a la emancipación y la libertad de los esclavos. A partir de conversaciones con civiles, el autor revela las contradicciones y matices de una figura central de la historia

⁷ Jefferson Davis, *The rise and fall of the Confederate Government* (Nueva York: Thomas Yoseloff, 1958).

estadounidense, sobre todo las referentes a sus ideas sobre la raza, siendo el traslado de afroamericanos a África u otras zonas de América su principal propuesta para lidiar con una fracción de la población norteamericana que aun con libertad continuaba siendo indeseable para la mayoría blanca. Este capítulo es, sin lugar a dudas, el más rico en contenido y en problematizaciones de un país que en muchos sentidos no ha dejado de estar dividido en dos bloques bien diferenciados.

El quinto capítulo funciona como una continuación del anterior, donde Smith visita Ashton Villa, en Galveston, Texas, lugar desde donde, de acuerdo al folclore local, se anunció el fin de la guerra y la emancipación de la población esclava. Lo cierto es que esto sucedió dos años después de la guerra y dos meses después de la capitulación de Robert E. Lee. Este evento, que se recrea todos los años el 19 de junio, sirve para sostener el mito del “canto de libertad desde un balcón” cuando en realidad se trató de un proceso que no fue, bajo ningún aspecto, controlado, pacífico o con un plan de transición. De hecho, gran parte del capítulo se centra en los matices de un evento que no siempre es recordado, incluso por los unionistas, con el rigor que demanda. La mayoría de los esclavistas no informaron a sus esclavos sobre su adquirida libertad y muchos fueron castigados o asesinados cuando pretendieron abandonar las plantaciones. Lo cierto es que la noticia circuló por canales no oficiales, de plantación en plantación, hasta que efectivamente estuvo en boca de todos los ex esclavizados. De la misma forma que en el cementerio de Bedford, el autor muestra ciertas distorsiones en la historia que no siempre se corresponden con los hechos documentados, incluso en aquellos que son claves en la historia norteamericana, como la Proclamación de la Emancipación. Uno de los puntos más interesante que resalta Smith en este capítulo es el de la importancia de Texas, y en particular de su congresista Al Edwards, en lo que respecta a la declaración del 19 de junio, día de la emancipación (*Juneteenth*), como un feriado estatal que recién en el año 2021 adquirió carácter federal. Una celebración que desde 1865 se conmemora en el estado de Texas revela la forma en que el país trató, históricamente, a uno de los episodios más canónicos en la historia nacional. La transformación al compás de los años, pasando por momentos de gran tensión, sobre todo en la época más álgida de Jim Crow, es fundamental para entender el devenir de la memoria colectiva incluso hasta el día de hoy. La importancia de convertir una fecha celebratoria en algo más que una recreación, reflexiona el autor, evidencia una deuda con la historia local y nacional.

En el sexto capítulo, el autor no visita un sitio en específico sino que realiza un recorrido por la Nueva York esclavista, un pasado que ha quedado diluido en la retórica de los dos bloques: el del norte abolicionista y el sur esclavista. Para esto, se basa en un texto de Ira Berlin y Leslie Harris que arroja luz sobre la historia de un estado que ha dado abrigo al movimiento abolicionista.⁸ La idea de Nueva York como una de las ciudades con mayor población esclava parece no encajar en determinadas narrativas sobre esta ciudad. A partir de una investigación periodística de relativa actualidad el autor recupera el lugar que tuvo la ciudad en el comercio transatlántico siendo que Wall Street funcionaba y respondía a las necesidades comerciales del sur esclavista a tal punto que en momento de la secesión Nueva York estuvo más cerca de la Confederación que de la Unión. El apartado final menciona el Seneca Village, barrio negro que se ubicaba donde actualmente se encuentra el Central Park, para contribuir a una conclusión del autor: Estados Unidos se ha construido, en todos los sentidos, sobre un cementerio tanto de nativos como de personas negras. En este capítulo, Smith aborda también algunas cuestiones que exceden a la problemática de la memoria colectiva para acercarse a cuestiones análogas a la colonización cultural y simbólica durante el periodo de la esclavitud; el cambio de nombres en los esclavos, el borramiento sistemático de cualquier africanismo, ya sea en la lengua o la producción estética, fueron estrategias fundamentales para sostener esta institución. Por otro lado, el autor analiza, a partir de los aportes de Barbara Fields y Karen Fields⁹, la necesaria distinción entre *abolicionismo* y *antirracismo*, dos posturas que históricamente han sido consideradas como sinónimos pero que en la *praxis* resulta necesario diferenciar. En este sentido, vuelve sobre puntos conflictivos de la narrativa nacional que muchas veces omite matices que configuran el sentido en favor de determinados intereses o de la instauración de relatos específicos. Este fue el caso de ciertos sectores de la militancia abolicionista, compuesta en muchas ocasiones por figuras blancas que, si bien abogaban por el fin de la esclavitud, no lo hacían motivados por causas como el fin del sistema de castas. De hecho, muchos de estos abolicionistas ansiaban el fin de la esclavitud para deshacerse de la población negra deportándola a diferentes destinos en América y África. En estas instancias la postura del autor con respecto a las políticas de memoria comienza a ser mucho más

8 Ira Berlin y Leslie M. Harris, *Slavery in New York* (Nueva York: New press, 2005).

9 Barbara E. Fields y Karen J. Fields, *Racecraft: The soul of Inequality in American Life* (Nueva York: Verso, 2014).

evidente, sobre todo considerando que si bien los matices en la historia parecen más propios del terreno de la academia, la ausencia de estos ha servido siempre a propósitos que poco tienen que ver con la posibilidad de escribir, en términos thomposonianos, una historia desde abajo que recupere las experiencias de los esclavos en la narrativa nacional.

El séptimo y último capítulo de este recorrido funciona como un contrapunto con respecto al resto de la obra. En este caso, el autor visita un sitio emblemático de la historia del comercio transatlántico en Senegal, en la isla Gorea, donde se encuentra la “Casa de esclavos”. La historia oficial destaca este emplazamiento como el último punto de salida del continente africano hacia América. En este sentido, lo primero que destaca el autor es que en Senegal la construcción de la memoria colectiva es un tema central para el gobierno nacional, dejando de lado las administraciones privadas que predominan en Estados Unidos. Desde este lugar, que ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, se insiste en declarar al comercio transatlántico de personas como un elemento crucial en el desarrollo del nuevo y el viejo mundo y, como afirma Walter Rodney¹⁰, el subdesarrollo del continente africano. Esto transforma a la historia de la esclavitud y del comercio de seres humanos en un capítulo crucial en el devenir del llamado mundo occidental. Aun así, un emplazamiento como la “Casa de esclavos” también enfrenta desafíos y distorsiones que merecen analizarse. Si bien la narrativa oficial afirma que por este lugar circularon millones de esclavos, lo cierto es que no existen fuentes rigurosas que lo demuestren ni mucho menos un espacio físico capaz de albergar a esa cantidad de personas. La isla de Gorea fue, durante gran parte de su historia, un punto de interés para varios imperios ya que se trataba de un lugar estratégico para la exploración del continente, hasta que la demanda de mano de obra en las Américas le otorgó una nueva función. Posteriormente, la independencia de Senegal requirió la reescritura de la historia del país y del continente, y con ello el lugar destacado que ocupó la región en el marco del comercio transatlántico de esclavos. Las políticas de construcción de memoria colectiva, según Smith, demandan también una revisión constante ya que en pos de determinados objetivos se pueden producir tergiversaciones de distinto calibre, construyendo narrativas osificadas que no siempre hacen justicia a la memoria nacional e internacional.

10 Walter Rodney, *De cómo Europa subdesarrolló a África* (Méjico DF: Siglo XXI editores, 1982).

En conclusión, si bien *El legado de la esclavitud* no es ni pretende ser un texto académico, sirve como punto de partida para reflexionar en torno a las políticas de memoria en Estados Unidos, a qué intereses responden las distintas narrativas acerca de la esclavitud y la segregación racial y si efectivamente puede pensarse en la construcción de una categoría similar al de “sitio de memoria”, tal y como se cuenta hoy en día en países como Argentina¹¹. Esta es, sin lugar a duda, la principal virtud del texto ya que trata un tema que demanda un análisis mucho más pormenorizado. Los trabajos académicos alusivos a las políticas de memoria en Estados Unidos son escasos y muchas veces solo consideran problemas específicos de estados o ciudades, sin una mirada de orden más nacional.

Al tratarse de un texto de divulgación, la lectura resulta amena y clara, aunque a veces se detiene en apreciaciones de orden personal que pueden desviarse, incluso, del objetivo principal del libro. Aun así, y considerando que el registro divulgativo permite determinadas licencias narrativas, el autor diferencia de forma notoria aquellas apreciaciones atravesadas por su historia personal de las elaboraciones de orden más académico presentes a lo largo de todo el texto. El trabajo con los textos se presenta de forma dinámica a lo largo de cada capítulo, aprovechando la mención de cuestiones clave durante sus visitas para trabajarlas con fuentes acordes, aunque de forma escueta o ignorando algunos matices presentes en dichos textos. La numerosa cantidad de fuentes citadas, algunas primarias, da cuenta de un corpus robusto y variado y su tratamiento, siempre priorizando su dimensión didáctica, es destacable dentro del género en que se inscribe la obra. De esta forma, retoma las ideas principales de varias obras que introducen al lector en un panorama que discute con las narrativas históricas más instaladas. Dentro de los trabajos citados, algunos ya se consideran centrales o clásicos para el estudio de la historia de la esclavitud y la historia negra, como la obra de Kenneth Stampp o de W. E. B. Du Bois, pero también cita textos más recientes que echan luz sobre temas que demandan un estudio más pormenorizado, como el caso de las mujeres esclavas que es a la luz de los estudios feministas un tema de notoria vigencia. Por tratarse de un autor que ha publicado libros de poesía, es llamativo que no se mencionen activistas y artistas negros, principalmente de los años 60s, cuya labor militante estuvo

¹¹ Véase Silvina Fabri, “Lugares de memoria y marcación territorial: sobre la recuperación de los centros clandestinos de detención en Argentina y los lugares de memoria en España”, en *Revista Cuadernos de Geografía*, 22, n. 1 (2013): pp. 93-108.

fuertemente atravesada por la construcción de la memoria e historia negra y de su reconocimiento. En esta misma línea, es exhaustiva la literatura que trabaja dichos aportes y que continúa siendo discutida hoy en día, desde autores clásicos como Amiri Baraka, James Stewart y Larry Neal o autores académicos como Amy Abugo Ongiri o Jeffrey Ogbar. Si bien el texto no pretende reponer estos aportes, es cierto que su mención reconoce el trabajo preexistente y algunas de las demandas sobre políticas de memoria nacional que podrían haber Enriquecido el recorrido y la reflexión general.

La obra concluye afirmando que existen tragedias que si bien le ocurrieron a una población en específico, como fueron los africanos y posteriormente los afroamericanos, lo cierto es que la historia de la esclavitud es una cicatriz que atraviesa la historia de la humanidad y debe ser estudiada y custodiada con el grado de seriedad acorde a la magnitud del hecho. La memoria, tal y como refiere la cita con la que inicia este breve comentario, es una casa donde los muebles han cambiado de sitio demasiadas veces; la construcción de narrativas nacionales es un ejercicio activo, dinámico y demanda trabajo constante e interdisciplinario para no terminar cayendo en saco roto. Esa es, al fin y al cabo, una de las deudas más importantes con la memoria y la historia con los seres humanos que fueron reducidos a mercancía y con cuyo esfuerzo y sacrificio se construyeron imperios.